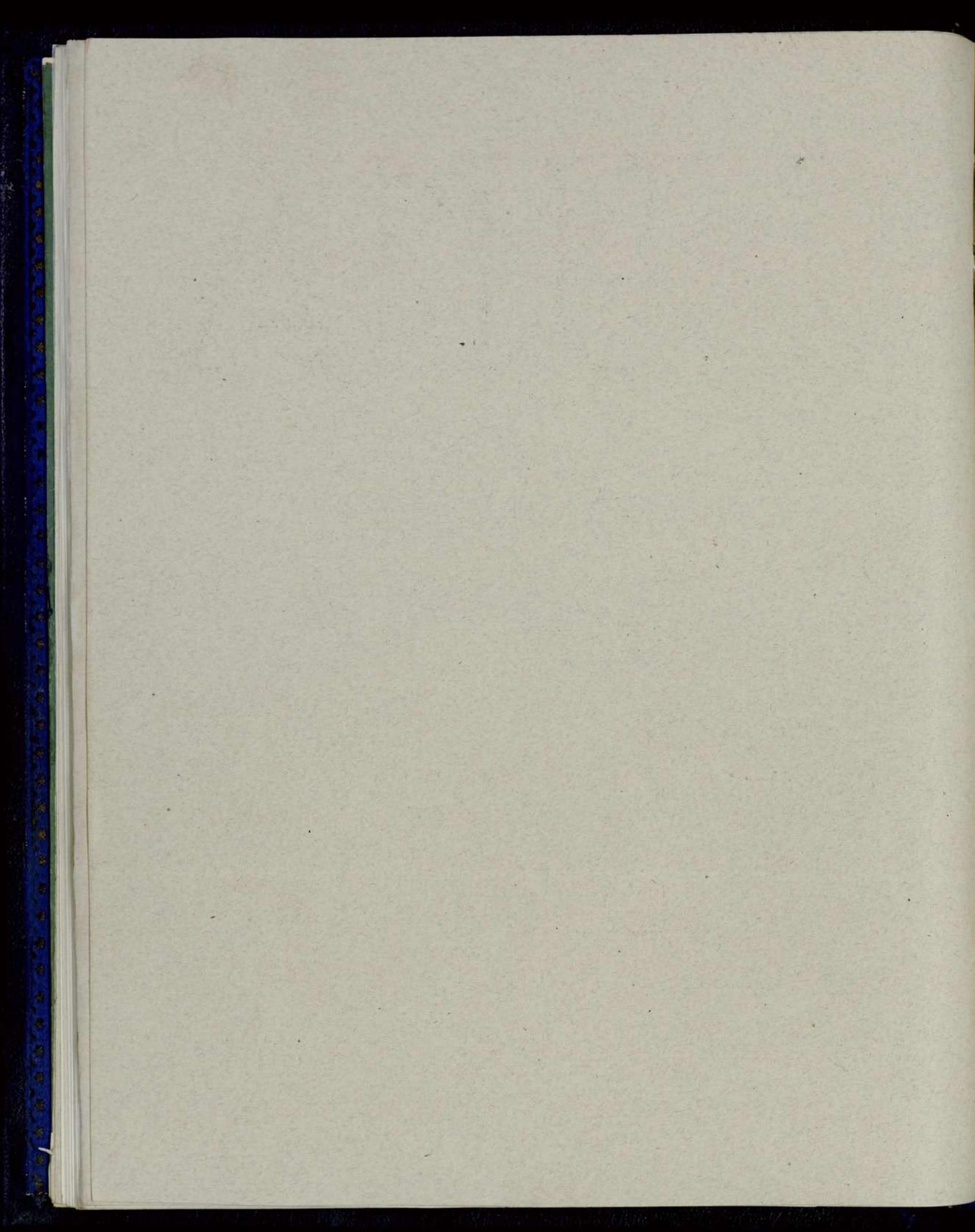


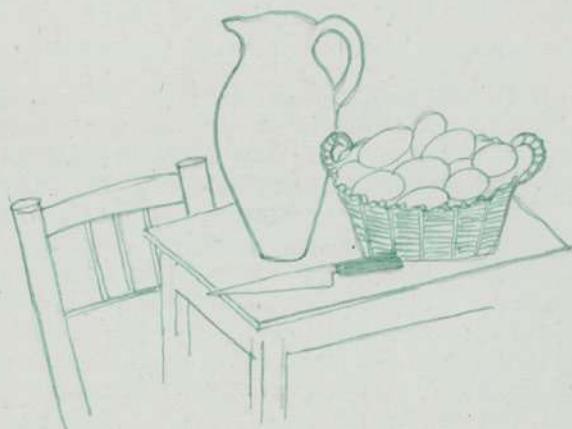
1045

LUNA





LUNA



SUMARIO

- | | |
|--|-----------------------------|
| ANTONIO DE LEZAMA | MIO CID CAMPEADOR |
| AURELIO ROMEO | LA CASA DE FIERAS |
| JIM SMITH | QUE HORA ES EN BERLIN? |
| EDMUNDO BARBERO | EL TEATRO EN AMERICA |
| PABLO DE LA FUENTE | EL PUENTE (CUENTO) |
| JOSÉ CAMPOS | PREGUNTAS A FEDERICO SOPEÑA |
| ANTONIO MACHADO: LA TIERRA DE ALVAR GONZALEZ | |
| Notas de Lectura, por J. Romeo | |

Portada e Ilustraciones de ONTAÑON

MIO CID CAMPEADOR

TIERRA de grandes capitanes ha sido siempre España y como si la naturaleza quisiera ponerse de acuerdo con los hombres Vizcaya y Toledo convirtieron en dulces y taquidores aceros los hierros de nuestras minas.

Pocos países fabricaron tan bien templadas armas como nosotros y ninguno reunió en un capitán como Rodrigo Díaz de Vivar, el Mio Cid Campeador, las muchas y varias lecturas y talentos que atesoraba aquél guerrero, de quien un historiador árabe, Ben Bassam, tan contrario suyo que siempre que lo nombraba escribía "maldígalo Dios", dijo, obligado por la verdad:... "este hombre, azote de su época fué por la habitual y clarividente energía, por la viril firmeza de su carácter y por su heroica bravura, un milagro entre los milagros de Dios".

La ingente figura del Cid oscurece, a mi juicio, y él lo abona la sabiduría de un Ramón Menéndez Pidal, los más excelentes personajes de todos los tiempos y de todos los países, porque aun a los más grandes los gana en humanidad, pues como un hombre y no como un mito fabuloso pelea, piensa, habla, y obra "el que en buen hora nació".

El heroe burgalés llena con su fama el tiempo desde el siglo XI en que vino al mundo sin ascendencias maravillosas, salido de una segunda nobleza, pero de tan buenos padres que ya a los doce años gresa al lado de su progenitor, el famoso Diego Laínez y de él aprende no solo a manejar bravamente la

espada sino a interpretar y aplicar justamente el derecho.

La proximidad del señorío de Vivar con tierra navarra da lugar a frecuentes algaras y peleas y el Infante don Sancho, primogénito de Fernando I, le arma caballero.

En duelo judicial vence, en Pazuengos, a Jimeno Garcés, campeón de Navarra, y esta victoria tiene tal resonancia que desde entonces, y solo contaba 23 años, es llamado Campeador aquel gallardo burgalés, alférez de Castilla, que comienza a aparecer en los diplomas.

Campeador, "Campi-doctor", significa vencedor de batallas y los escritores del siglo XIII lo aplican ora a un rey de Navarra o ya a los más famosos caudillos de la antigüedad clásica, como Hércules, Menelao o Julio César. Este apelativo no nace de la poesía sino que tiene constancia histórica y documental.

La "Historia Roderici" registra su duelo con un sarraceno de Medinaceli, Haris; a quien mata.

Cristianos, moros y judíos, admiraron la gentileza y bravura de Ruy Díaz de Vivar a quien conocen por Mio Cid, que en hebreo equivale a Mi Señor. Acaso en el asombro que a todos produce el guerrero influya no poco la misma modestia y medida con que lleva a efecto las más formidables proezas, ajeno a toda jactancia y a cuenta de ello recogen las crónicas que su gran amigo el rey don Sancho, la víspera de la batalla de Golpejera, suelta la siguiente fanfarronada:... "Mi lanza valdrá por mil caballeros; la de Rodrigo Campeador por cien". El Cid le responde: "Yo, por mí, solo afirmo que combatiré bien como un caballero, y Dios dirá después". Y aunque el rey insiste que "muy bien peleará con cincuenta, con cuarenta, con treinta, ... acaso con diez", el de Vivar afirma: "Lucharé con uno y Dios dirá".

La batalla se riñe duramente. Los castellanos se apoderan del rey Alfonso, pero los leoneses hacen prisionero al bravo y burladón don Sancho.

El Cid, rotas sus armas, lo ve en manos de catorce caballeros leoneses. Grita proponiendo que se haga canje de los dos monarcas, pero los enemigos no creen al castellano y se burlan de él y le preguntan si piensa librarse.

Mi Cid, para picar su amor propio les pide una lanza que los otros despectivamente le arrojan, hincándola en el suelo y prosiguen su camino. Rodri-

go los deja alejarse, coje la lanza y en loca cabalgada los alcanza y acomete y desbarata, libertando a don Sancho que ya armado y con su fiel vasallo le ayuda a vencer a los mal aconsejados caballeros. La realidad ha dado respuesta justa a la fanfarria religia.

El fatal reparto de la herencia del rey Fernando ha traído la guerra entre los hermanos y la enigmática doña Urraca, a quien solo dejara su padre la ciudad de Zamora y de quien se dice que estaba enamorada de Ruy Diaz y aun se habla de incestuosos amores con su hermano Alfonso da lugar a la muerte de don Sancho, scaso no asesinado, sino muerto en un osado golpe de mano por el bravo caballero zamorano Vellido Dolfos, no ajeno a los fatales encantes de la infanta.

Respetos y moceriles recuerdos retraen al Cid de luchar contra la señora de Zamora y el cabalgar sin estribos no le permite alcanzar al matador. Alfonso hereda el trono que tanto, scaso demasiado, ambicionara.

La historia del Juramento de Santa Gadea, que él tomó como alférez de Castilla es demasiado conocida para repetirla. De aquí nace el malquerer del rey Alfonso y quien sabe si tambien los celos.

El regicidio produce enorme emoción y da lugar a un combate judicial que es favorable a los zamaranos y sin embargo queda sobre ellos el baldón de traidores y doña Urraca pasa a la Historia como la Infanta de alma cruel.

El 19 de julio de 1074, casa don Alfonso VI al Cid con la asturiana doña Jimena Diaz, sobrina suya y bisnieta del rey Alfonso V de Leon. Rodrigo Diaz de Vivar da en arras a su esposa tres villas íntegras en Castilla y treinta y cuatro porciones o heredades en otros tantos lugares de hacia Burgos, Castrojeriz y Lerma.

En 1075 le nace el primer hijo, Diego, figura poco conocida y cuya desgraciada muerte en una batalla, iniciativa del fatídico Alfonso VI llena de dolor al heroe, que solo le sobrevive dos años pues fallece el domingo 10 de julio de 1099.

Es el sábado 15 de agosto de 1097, festividad de la Virgen, el dia mas doloroso de aquel hombre a cuya espada no hay enemigo que no muera o se rinda.

El terco apartamiento y la soberbia de Alfonso VI con su lealísimo vasallo le hacen emprender una cam-

paña contra los almorévides que han venido a España en socorro de los moros andaluces y ante Consuegra sufre el Emperador una espantosa derrota y Diego Rodríguez, el hijo que el Campeador enviara con una hueste, pues él no puede desamparar Valencia, es muerto a los 22 años, y el Emperador entra fugitivo en Consuegra donde sufre apretado cerco durante ocho días.

El desventurado fin de su único hijo varón, el vencimiento de su rey y de Alvar Fáñez, ponen a la muerte a Mio Cid, a quien el romancero pinta buscando el cadáver de su hijo en el campo de batalla y gritando con angustia:

"maldita sea la mujer que tan solo un hijo pare;
si enemigos se lo matan no tiene quien lo venga"
(re"

La furia vengativa del lidiador se desata tomando Almenara y Murviedro, pero ni aun el recuerdo del hijo rompe la generosidad de su corazón y el enemigo vencido tiene en él una mano clemente y una justicia estricta y serena. Todo el guerrear de Rodrigo Díaz es un prodigo de audacia, ciencia militar y sentido político. Ante el caballo del Cid se va ensanchando Castilla, y el Infanzón de Vivar domina tierras, fortalezas, reinos y asienta su poderío en Valencia.

Tras del casamiento de sus hijas, que no se llaman doña Sol y doña Elvira, sino Cristina y María, con los infantes de Carrión, en que la leyenda fantasea aunque los personajes sean reales y coetaneos del Cid y que aun acaso fuese pacto matrimonial ultrajosamente roto con matrimonio seguido de divorcio, cosa frecuente en aquella época pues hubo una hija del famoso Conde castellano Fernan Gonzalez que tuvo tres maridos sin ser viuda de ninguno, es, lo cierto que las damitas enlazan, Cristina con el Infante de Navarra Ramiro, y que un hijo de ella llegó a ser rey de Navarra y que María matrimonió con el Conde de Barcelona Ramón Berenguer III, el Grande el que en 1098, poquísimo antes de la guerra, hostilizaba al Cid en Oropesa. Tenía el Conde 16 años, y María 18 o 19. La boda debió ser en 1098 pues un año después, el domingo 10 de julio de 1099 murió el Cid, a los 56 años, en Valencia, cuando solo faltaban unos días para cumplirse el aniversario de la toma de Murviedro.

Diplomas barceloneses nos presentan en 1103 a Ma-

ría Rodríguez, Condessa de Barcelona, y dan noticia de dos nietas del Cid nacidas en la Casa Condal: María, que casa con el conde Bernardo de Besalú y no tiene descendencia y Jimena (Eissemena) que casa en Francia con Roger III conde de Foix, hacia 1117 y fue madre de Roger Bernardo, conde de Foix y la Ma Braidimene (¿Jimena?).

El nieto del Cid, el hijo de Cristina Rodríguez, llegó a ser rey de Navarra cuando al morir los reyes Pedro y Alfonso el Batallador, de Aragón, los varros resuelven separarse, y como ya no vive el hombre Ramiro casado con Cristina, eligen monarca a su hijo García Ramírez, señor de Monzón, conocido en la historia como "el Restaurador" y que florece por los años de 1134 a 1150.

Por este García la sangre del Cid entra no solo en la casa de los reyes de Navarra sino en la de los de Castilla, porque Blanca, hija suya y Viznietta del Cid casa con Sancho, el hijo del Emperador Alfonso VII de Castilla y León, siendo luego Sancho III, el Deseado. De este matrimonio nace Alfonso VIII de Castilla, por cuyas hijas no solo hay sangre cidiana en San Fernando, sino que se encuentra también en Portugal con Alfonso III y en Francia con San Luis.

"Veed cual ondra crece al que en buen hora nació
cuando señores son súes hijas de Navarra e de Ara
(gén.)

Oy los reyes d'España sos parientes son,
a todos alcança ondra por el que en buena ora nas
(cio.)

Gestos, armas, caballos, ostentoso lujo, todo es grande y alucinante en el Campeador, a quien cantan los juglares y se hacen obras como el "Poema del Mío Cid", el "Carmen Campidectoris", "Historia Roderici" y mueve satias plumas de historiadores árabes como Ben Aljatib, Ben Alcama, Ben Adari y Ben Bassan.

El guerrear no le deja reposo y pelea contra todos, moros y cristianos, luchando con García Ordóñez y lo aprisiona en Cabra: "cuando pris a Cabra
e a Vos por la barba".

El conde de Barcelona Berenguer le provoca altaneramente y Rui Díaz de Vivar le responde con bravura mesura y es en Almenara, el año 1082, cuando lo prende.

"El Cid manda a sus caballeros que tomen las ar-

ass. El viste su inmejorable loriga, ciñe sobre ella la espada damasquinada en oro, de obra maestra, toma la lanza de fresno con fuerte hierro, ajusta sobre su cabeza el yelmo fulgente, chapeado de plata y ornado en derredor con una roja diadema de electro (aleación de cuatro partes de oro y una de plata). Toma en el brazo izquierdo el escudo: todo estaba labrado con oro y tenía en medio pintado un dragón en fiera actividad; después monta sobre su caballo, que un sarraceno no había traído de Africa, no lo daría por mil sueldos, pies corre más que el viento y salta mejor que un venado".

El Cid aprisiona al Conde Berenguer de Barcelona y lo lleva al castillo de Tamarite, entregandolo a Muttamín, pero a los cinco días dejó en libertar a los prisioneros.

Más tarde, en Tevar, vuelve a hacerle prisionero, con cinco mil de los suyos, entre ellos Ramón Mirón Bernardo de Tamarite, Ricardo Guillén y se adueña de un enorme botín. El Cid se cae del caballo y se hiere y magulla.

Berenguer pide clemencia y cuando el Cid le hace objeto de sus desdenes declara la huelga del hambre, pero el Campeador le promete la libertad si come de su pan y bebe de su vino, como así lo hace el fraticida catalán. A los pocos días, ya repuesto el Cid, pleitea con Berenguer y con el conde de Cervellón, Giraldo aleman, el rescate de ambos, mediante ochenta mil marcos de oro de Valencia, más la suma que los más cautivos han de entregarle.

Entonces gana "colada", la preciada espada, que vale más de mil marcos, arma que siempre usó el de Vivar y ha pasado a la Historia.

Como muchos catalanes, no pudiendo pagar volvieron con rehenes familiares, el generoso Cid perdonó a todos el rescate..

La otra espada, "tizón", se la arranca con la vida al rey moro Bucar, a quien parte de un tajo de la cabeza a la cintura, cosa que Menéndez Pidal estima muy posible dada la forma y peso de las espadas tajadoras.

"Sacaron las espadas Colada e Tizón,
pusieronlas en mano del rey so señor;
sacan las espadas e relumbran toda la cort;
las mañas e los arrieyes todos d'oro son;
maravillanse dellas los hombres buenos de la cort"

El caballo "Bebieca", es tambien conquista guerra del caudillo. Trozo novedoso, aunque absolutamente histórico del que me ocuparé otro día es el del tesoro de Alcadir y el famosísimo ceñidor de la Sultana Zobeida.

Vive el Cid y viste con gran lujo y ostentación y las crónicas hacen famoso el escáño del Campeador, de marfil torneado, que perteneciera al nieto de Maín, el de Toledo.

Su Alcazar tiene preciosos artesonados y arcas y sus salas, encortinadas con riquísimos tapices de púrpura y oro son regias estancias, pues Rui Diaz de Vivar tiene predilección por ellos y el estrado donde recibe a los nobles valencianos estaba adornado "con tapetes e estolas". Hay evidentemente lujo original y los dos extraños tapices, brocado de riquísimo oro que regala a la catedral, debían ser procedentes del famoso tesoro de Alcadir, quizás adorno en tiguo del Alcazar de Toledo, traídos a España, cuando el suyo del palacio abbasí de Bagdad, como el célebre ceñidor de Zobeida la viuda de Harum -Ar-Raxid.

El Cid no es un bárbaro almogavar como cree Masdeu, sino un hombre culto, letrado, saledor y apllicador del derecho, excelente político, buen legislador, humano con los vencidos, respetuoso con las ideas de los contrarios, exageradamente leal a su rey que tan ingrato le es y su ambición, que habría realizado de vivir unos años más fué la de conquistar todos los reinos andaluces y llevar su espalda vencedora al África donde figura histórica como el gran conquistador Yuçuf tiene que aguantar sus oltaneras cartas.

Aun muerto Rodrigo, Jimena sostiene tres años Valencia, pero la moda de las Cruzadas lleva a los caballeros españoles hacia Siria, olvidando el enemigo moro andaluz, y Yuçuf manda un ejército que sitiaba Valencia durante siete meses, con fuertes combates. Jimena, falta de ayuda, pide auxilio a su tío Alfonso VI y éste corre con su ejército a Valencia, donde la viuda del Campeador pide amparo a su regio pariente. El monarca ni se encuentra con fuerzas para sostener lo que tantas veces quiso arrebatar a su vasallo ni ve capitán capaz de sustituirlo, y Valencia es abandonada.

Del 1 al 4 de mayo de 1102 salen todos los cristia-

nos de la ciudad levantina con sus tesoros y el cadáver del Mio Cid para enterrarlo en Castilla y la ciudad es incendiada. El dia 5 el caudillo moro Maz dalli ocupa las carbonizadas ruinas.

Como sabidor en derecho venos a Ruy Diaz actuar como abogado del Monasterio de Cardeña y como juez en Oviedo es capaz de citar las leyes visigóticas y disponer criminal la autenticidad de una escritura. Sabe suutilizar casuísticamente en la cuaduple redacción de un juramento legal y alegar metódicamente su derecho ante la corte de Toledo.

Conoce como el propio el derecho musulman y juzga en su tribunal de Valencia discreta y moderadamente.

Tiene miras geniales y el romancero dice:

"Dios, que buen vassallo si oviese buen señor!"

Pero no solo no tiene buen señor sino que ni aun su patria, Castilla, le hace justicia, y así el primer canto conocido referente a él, el "Carmen" en específicos latinos, es catalán; el "Poema de Mio Cid" supone Menéndez Pidal que es de las Extremaduras, tierras de Medinaceli; la "Historia Roderici" proviene de las fronteras de Zaragoza y Lérida.

¡Ninguno es profeta en su patria!. Y si embargo qualche huella ha dejado!

Jaime I, el conquistador definitivo de Valencia, usaba la espada "tizón" que ganó el Cid al caudillo almohade Bucar y el rey la estima su arma predilecta; tambien su política es la política de Mio Cid, el gran caudillo español que acaso salvara a Europa de la invasión de los almohávides de Yuçuf.

Tal es la historia del Cid, "el en buen ora nascido" y que en la pluma de don Ramón Menéndez Pidal encontró toda la ciencia y el arte merecido, y de quién dice que, como Trajano, otro español, es el héroe de la moderación.

Y, por ser de justicia, quiero recoger el noble espíritu que en la obra "La España del Cid" resplandece y del que son buenas prueba palabras como estas:

"La recia intolerancia española fue un recurso político rebuscado en las entrañas del pueblo por los Reyes Católicos, después de extinguida toda influencia del Islam; entonces fué útil para procurar la cohesión nacional qué dió éxitos exteriores; si bien ahora la arrastramos para desunirnos en luchas interiores, fuertemente retardataria".

Y aun mas significativas son las siguientes frases finales del prólogo:

"El Poema del Cid sustituye la venganza homicida, habitual en los desenlaces épicos, por una vindicación legal; la dura ley de la conquista, tan诗etizada siempre, la trae en un porte de benignidad que merece las bendiciones del pueblo vencido. No guían al poeta los modelos de la epopeya, sino el recuerdo viviente del Campeador, que, en medio de la guerra a muerte entre dos mundos, propone la medida como doctrinal de la victoria, en aquel discurso a los moros valencianos: no se gana de Dios el conservar la conquista sino obrando en ella justicia y beneficio continuos."

"Siempre de este modo concuerdan la historia y la poesía primitiva tanto en pormenores como en muy sutiles ideales, según espero ha de ver el curioso lector".

Así, con estas palabras que parecen de fuego habla en febrero de 1939 el sabio don Ramón Menéndez Pidal que no hace mucho devolvía, o quiso devolver, su medalla de académico, y así, contemplando figuras como Rui Díaz de Vivar se puede ver cuánto han degenerado en España los caudillos.

Antonio DE LEZAMA.

LA CASA DE FIERAS

QUIEN no se ha detenido alguna vez ante la jaula donde se pasea incansablemente el león africano o el tigre de la India? ¿Quién no se ha sentido un tanto hipnotizado por ese ir y venir sin fin y ha tenido que apartarse del espectáculo ante el riesgo imminente de adquirir un tic nervioso de perpetuo espectador de partidos de tennis? No con tanta frecuencia pero en ocasiones se ha disfrutado también de ese momento en que la fiera encerrada en su cubil nocturno, vé abrirse la portezuela metálica y de un salto se planta en el centro de la jaula apoyando la pata poderosa sobre el cuarto de cabillo que la intendencia municipal le asigna diariamente. Pero antes de enfrascarse en la tarea de tosca disección, luego de asegurarse de que nadie amenaza ni de cerca ni de lejos su desayuno, comida o cena —ignoro el horario alimenticio a que viven sometidas— se dan unos paseitos preparatorios, con aire alegre, resoplando con furia y lanzando gruñidos adecuados al momento. Cruzan en todas direcciones el espacio —ay, tan reducido!— de sus dominios, vienen y van y al cabo, se sientan a devorar la carnaza.

Desde fuera, el espectador, tras del pensamiento admirativo de su fuerza, agilidad o viveza de movimientos, se estremece escuchando como se desgarran músculos ya muertos, crujen los huesos entre las mandíbulas de la bestia, o restalla la carne al ser sacudida contra las losas de la jaula al ser sacudida por el animal impaciente que tropezara con alguna resistencia inesperada. Y luego, terminada la pitanza, al reanudarse las caminatas, una misma idea cruza todas las imaginaciones:

—¡Pobre animal! Con lo a gusto que se encontraría dando bo-

tes en una selva cualquiera. Es una canallada tenerlos así en cerrados. Pierden toda la fuerza.

Algunos espíritus llegan a más. Adivinan los padecimientos físicos que acometen a los desgraciados habitantes de los parques zoológicos, y no falta quien asegure que el dolor de muelas es corrientísimo en esas situaciones. Sobreviene entonces la profunda admiración para el dentista que se atreve a intervenir a clientes tales.

- ¡Cualquiera se atreve a meter la mano en esa boquita!, dice una joven endomingada que, colgada del brazo de un hortel galán, deja escapar su volandera fantasía hasta los bosques donde Tarzan hace de las suyas.

- Tiene usted razón, joven, asiente el caballero correcto, de sombrero negro brillante por el uso y las lluvias recibidas. No es ajena a su exclamación cierta melancolía nacida de una envidiosa comprobación de que su dentadura postiza sigue en su sitio. Y así, tantos y tantos comentarios. Yo, como casi todo el mundo, he sido espectador de las Casas de Fieras. Y de la misma manera que mis comentados he escuchado e incluso aventurendo alguno de esos penetrantes juicios. Pero esa era antes. Ahora comprendo todas las razones que pueden asistir a esos animales. ¡Es tan distinto ser visitante de ser fiera, estar del lado externo de los barrotes a estar rodeado de ellos por todas partes menos dos, el suelo y el fondo de la jaula!

Porque yo, señores, soy fiera. Como millones de españoles estoy encuadrado en la escala zoológica en un puesto muy distinto del que siempre creí que me correspondía. Excusable es mi error porque a estas alturas, los sabios zoólogos que se han echado encima la tarea de clasificarnos aun no han acertado con la denominación conveniente para nuestras características animales. Somos para unos hienas, víboras para otros, cincas para los de más allá. Solo en un punto coinciden: no somos hombres. En todo lo demás discrepan. Entonces, ¿cómo no había yo de estar equivocado si yerran tan sesudos varones, y ni el mismo Cicerón a quien acudieron en cierta ocasión pudo darles contestación conveniente?

Sí señores, soy fiera, y fiera enjaulada además. Quizás, poniéndonos en lo mejor, no sea exactamente una jaula donde estoy metido. Pero no pasa de ser algo así como los afamados fosos de Hamburgo en cuyo Zoo se pasean las fieras en una pretendida libertad. Gozamos de una amplitud de movimientos que algunas veces puede parecernos de licencia pero las más no nos engaña.

Apenas es entrada la noche -aceptemos el eufemismo- saltamos de la cama para precipitarnos a los balcones y echar un vistazo a lo que ocurre, no

sin antes haber escudriñado los preparativos en marcha para nuestra comida.

Se levantan las persianas como la trampilla metálica de la jaula y nuestra aparición en los balcones debe ser muy semejante a la del rey de la selva.

Parejamente, cuando nos llevan tamos de la mesa, nos distribuimos por las habitaciones o el pasillo y comienzan una serie de paseos. Y aquí es donde surge mi duda. ¿Serán los animales enjaulados lo mismo que nosotros, que yo más concretamente? Porque mi labor principal en esas idas y venidas consiste en contar los pasos que puedo dar en cada dirección. La cocina, sobre todo, es campo preferido para mis cálculos. Desde la puerta hasta el balcón pueden dar una serie de pasos que oscilan entre cuatro grandes zancadas y diez diminutos pasos. Y no he conseguido pasar de ahí. Todos las posibles combinaciones están ensayadas, y requiere ensayadas. No puede haber ni un solo fallo. ¿Contarán nuestros "congéneres" sus pasos? Para ellos debe de ser más complicado porque tendrán que llevar contabilidad por partida doble: en lugar de dos son cuatro las extremidades que deben tomar en cuenta.

Asonados tras los hierros de nuestra jaula nos exponemos a la curiosidad del público que no dejará de hacer los comentarios al uso. ¡Y si supieran que también a nosotros ha tenido que intervenirnos el dentista! ¡Y que somos unas fieras casi casi vegetarianas! La carne de caballo que por unos días alegró nuestras existencias, ha desaparecido ya de nuestra existencia. ¡Pobres fieras que tan solo podemos disfrutar de esos paseos! Y no nos queda el consuelo de los espectadores se entretenan en nuestra contemplación. Algunos que lo han intentado han recibido una carísima advertencia para que se abstengan de hacerlo. Somos fieras de segunda clase. Posiblemente se deba a la incertidumbre reinante en torno de nuestra clasificación.

Desde ahora prometo que cuando vuelva a ir a una Casa de Fieras no permitiré que se digan todas esas cosas tan tentas y tan vacías. Me siento tan comprometido con esas pobrécitas fieras y sus paseos! Por lo menos me acordaré de todos los que yo me he dado y de las veces que he contado los pasos en todas las direcciones que se pueden emprender.

Aurelio ROMEO.

1059



¿Que hora es en Berlin?

A media tarde el canciller de Alemania, Adolfo Hitler, ha salido en automóvil de su nueva residencia: el Cuartel General de Berlín. Hitler permanece días enteros dentro de esta fortaleza hundiéndose la cabeza en mapas enormes horas y horas hasta manchar las cartas con la tinta de su bigote charlotescoso. Estos mapas son siempre los mismos, cruzados, zig-zageados inevitablemente por dos líneas inquietantes: Sigfrido y Maginot.

Cada día el Führer envejece diez años sobre estos mapas apasionantes. Actualmente el Führer alemán tiene más de ciento ochenta años. A veces, en las tardes interminables, se asoma a una ventana para desde allí dejar escapar los ojos entre las nubes celestes de la primavera germana. ¿Piensa acaso en esos instantes en los millones de alemanes asesinados con hacha? ¿Piensa en los millones de hombres que van a caer para siempre entra las dos líneas? No. Nada de eso piensa, porque desde hace cuarenta años, precisamente lo que va de siglo, los gobernantes de la Gran Alemania no piensan. ¡ACCION! ¡MARCHA!

¿Hacia donde?

Hoy los habituales curiosos que rodean el Cuartel general, ofreciendo cigarrillos a los soldados de guardia a cambio de alguna noticia de guerra, han podido ver salir al canciller. Un gran coche gris de ocho ruedas y cristales anchos ocupaba juntamente con un oficial.

—Adonde se dirige? ha preguntado un curioso jugándose el último pitillo.

Pero el soldado de la Gran Alemania no contesta.

-¿Qué ha contestado? pregunta un segundo curioso al primero.

-Que va al frente, contenta el primero con suficiencia.

¡Al frente! Hitler gusta de recorrer grandes distancias dentro de este automóvil ceniciente algo emparentado con un tanque pesado. Suelen usar casi siempre este mismo coche y la gente lo reconoce y lo mira con veneración. ¿Con veneración? Diganos sencillamente que le mira.

Hitler es un hombre agrio que conoce su desgracia. Se esfuerza por aparecer amable y en ocasiones hasta galante. En la Ópera dirige miradas acariciantes a las grandes señoritas alemanas. Precisamente esas con ojos esténticos de terneras. Cuando la orquesta levanta la clamorosa tempestad wagneriana el Canciller sabe guardar silencios inteligentes. En verdad no entiende del todo la música. Una sinfonía se le resiste más que un discurso lo que no evita que al sentir sobre si las alas sobrecogedoras de Wagner piense que él desearía alcanzar algo así en su camino político. En su lucha.

Hitler es también un hombre amargo. No tiene amigos ni cree en ellos. Otto Strasser y Fritz Thyssen eran dos buenos alemanes. ¡Hay quien lo dude! Sin embargo con una destreza verdaderamente excepcional en un alemán pusieron sendos pates de banderillas en los costillares del Führer. Strasser es el jefe del Frente Negro y Thyssen no pudo contener una palabra cuando Hitler firmó el tratado germano-ruso: !TRAIDOR!

Hitler no tiene amigos. Ni familia. Ni religión. Pero dispone de un amigo, de una familia y de una religión propia. El mismo Hitler. Esta es su oración nocturna cuando los relojes de Berlín desgranen sus bronces musicales:

¡HITLER! ¡HITLER! ¡HITLER! Conservame la vida, conservame la fuerza, conservame el poder para hacer una gran Alemania y dominar al mundo.

Ahora parece desconocido. Vuela en su coche a una velocidad espantosa y conversa con su acompañante. Detrás marchan cinco coches abarrotados de pistolas ametralladoras para defender la vida más preciada del Reich.

-Los ingleses viven con veinte años de retraso -dice Hitler. Dicen que yo he perdido el autobús y no saben que desde hace veinte años tengo coche propio. Mil coches propios.

El oficial sonríe complacido.

Horas y kilómetros. Esta es Alemania. Campesinos trabajando oscuramente, miserablemente, fatigosamente. Obreros tristes, hundidos por la desesperación. Gente desesperada. Esta es Alemania.

Comienza a cambiar el paisaje. Aparecen soldados. Al cruzar una estación se ve una interminable filas de tanques que espe-

ren la hora de intervenir. Cien tanques, quinientos tanques, mil tanques. Esta es Alemania. En un cobertizo de mercancía están comiendo los tanquistas. Cuando pasa el Führer ninguno se entera de que ha pasado el Salvador de los alemanes. ¿El Salvador? - Miremos los platos: Vacíos. Un pan negro, terroso bosteza entre los algodones grasiéntos olvidados.

-Algún general, dice uno de los tanquistas al ver la escolta de coches. Los demás muchachos siguen comiendo en silencio. Esta es Alemania.

Unos kilómetros más y estamos ya en plena línea militar. El Führer desciende del coche. Los jefes le rodean. Una caseta subterranea: Estado Mayor. Los planos famosos, las líneas famosas, las palabras famosas: Venceremos.

-Venceremos! repiten los generales.

¡Y los soldados?

He aquí el diario de un soldado alemán:

25 de febrero- Otro día de inactividad. ¿Cuando empezará ésta guerra? Probablemente moriré en las primeras batallas. En la lucha de hace veinte años no quedó ni un solo hombre de las primeras divisiones que entraron en fuego. Pero si me salvo ¿qué viviré surgiré después de la contienda? Si ganamos "nosotros" ya no hay esperanzas de triunfar. Si ganan ellos no quedaremos un alemán vivo. Mi padre que fué espartaquista me lo dijo antes de morir: El pueblo alemán tiene grandes enemigos. El imperialismo alemán de dentro y el imperialismo anti-alemán de más allá de la frontera. Si algún día se enfrentan, gane quien en gane ambos tenderán a aplastar al pueblo. Cuando el pueblo alemán se una contra todos podrá hacer la Revolución de Alemania y la Revolución de Europa. Por eso tratan de exterminarnos. ¡Muera Hitler! ¡VIVA ALEMANIA!!"

Es Hitler el que pregunta:

-¿Cuál es nuestra superioridad aérea sobre nuestros enemigos?
.....

-¿Cuál es nuestra superioridad en fuerzas blindadas?
.....

-¿Cuál es nuestra superioridad artillera y anti-aérea?
.....

-!!!Los aplastaremos!!!

Coro de generales con más ó menos características de asesinos ejemplares del nazismo:

-!!!LOS AFLASTAREMOS!!!

Polonia, Noruega, Holanda, Bélgica, Sedán...

-¡Marchemos contra Inglaterra! ¡Marchemos contra Francia!

Sobre la tierra aún con millares de cicatrices de hace veinte años, millares y millares de soldados alemanes avanzan despiadadamente. Es el terror alemán, el terror hitleriano, el terror de la fuerza puesta al servicio del crimen. Es la muerte nazi-sta, más tétrica que ninguna otra. Docenas de divisiones embistiendo brutalmente contra el corazón del mundo, contra la esperanza del mundo. Acompasadamente, militarmente, bestialmente avanzando en filas interminables. Cae una bajo la cuchilla de la metralladora, pero le siguen, imperturbables cien más.

-¡Por Alemania! gritan los tenientes salidos de la Academia.

-¡Por Alemania! los generales desde el puesto de mando.

Y un hilo telefónico desde el Berlín sangriento:

-¡Por Alemania! ¡Por Hitler! !!!Adelante!!!

Ante la avalancha humana millares de tanques con el ronroneo amenazador de las cadenas. Monstruos multiplicados infernalmente.

Y por el cielo millares de Heinkels, de Messerschmidts nublan de la luz solar de la tarde. Y es todo una inmensa tempestad militarizada, ordenada, mecanizada. Y es todo un alud imponente, despiadado, sobrecededor que nubla también la luz de la vida. Y al fondo, en el fondo grisaceo del crepúsculo, una atroz cruz gamada, una feroz cruz gamada, una insaciable cruz gamada girando vertiginosamente. Una cruz gamada formada por cuatro púfales delirantes.

¡Por Alemania! ¡Por Hitler!

...Pero la Alemania de Hitler se hundirá entre los huesos.

BERLÍN- Ha oscurecido y las calles centricas se iluminan alegramente. Berlín tiene fama de ciudad alegre. De las cervecerías, de los grandes establecimientos salen haces de luz y esa marejada especial de ruidos que se percibe en las horas de aglomeración de público. Ante la pizarra de los periódicos la gente se detiene a captar las últimas noticias del frente y de más allá del frente. La gente parece recibirla todo con serenidad, sin grandes demostraciones. Beben su cerveza y recuerdan nostálgicamente: "También avanzamos en el 14..."

No tarde en oscurecer del todo. Cuando los establecimientos cierran el alumbrado se reduce casi totalmente. Noche en Berlín. Noche indiferente, fría. ¿Qué hora es en este momento, en esta gran capital de Europa? ¿Qué hora es en Berlín? Es de noche, no hay luces eléctricas y la vista no alcanza a la alta esfera de los relojes. Vagando por las calles, oyendo el rumor de las radios que escapan por las ventanas entreabiertas, escuchando el parte de guerra, viendo pasar las divisiones motorizadas hacia

el frente francés, uno piensa con cierta tristeza en esta terrible hora de Europa y de Alemania. ¿Qué hora se está viviendo en esta ciudad contra la cual se vuelven consternados los ojos del universo? ¿Es la hora que antecede al gran triunfo del hitlerismo que iniciara una era de barbarie para el continente, ó es la hora que antecede a la victoria de Inglaterra y de Francia que significaría el exterminio de la Alemania de Hitler y de la Alemania del pueblo?

¿Qué hora es en Berlín? La noche es muda y en su silencio de las altas horas no se oye nada, ¿Nada? Acaso el sonido trepidante de los aviones ingleses que cruzan por el alto cielo azul de la ciudad.

Jim Smith.

NOTAS POLITICAS

C 1ontinua el avance aleman que desde que tomó la iniciativa en el frente del oeste ha conseguido ocupar Holanda, las dos terceras partes de Bélgica y entrar detrás de las líneas francesas por una brecha abierta en Sedan, desde donde se dirige al mar. La situación se considera grave en Inglaterra y Francia y ha sido relevado Gamelin por Weygand. También se nombró Vicepresidente del Consejo al general Petain. En Inglaterra Chamberlain ha sido sustituido por Mr. Churchill y ha pasado a la cartera de guerra Eden.

P 2or motivos que no se han hecho públicos pero que se refieren sin duda a determinadas extralimitaciones del grupo Foxá se ha sustituido a éste en la jefatura de la Falange provincial por Miguel Primo de Rivera y se sigue procedimiento contra algunos de los hombres de confianza del ex-jefe provincial.

EL TEATRO EN AMERICA

EN contraste con lo que ocurre en España respecto al teatro, este ofrece en América magníficas posibilidades. Los países americanos de habla española hace ya muchos años que se esfuerzan por crear sus teatros nacionales respectivos.

El primer paso dado en este sentido por todas las Repúblicas de origen español fue creando compañías donde se cultivaba el sainete, tomando como modelo a los autores españoles de ese género. En estas obras se sacaban a la escena tipos populares del país.

Eran estos ingenuos ensayos hechos con compañías líricas donde el público iba a reirse con los tipos tan conocidos para ellos del gaucho, el compadrito, el palao, el roto, o el gallego y el italiano americanizados. Poco a poco estos ensayos han ido cristalizándose en un teatro serio y con una producción de literatura dramática de gran valía.

Dos naciones americanas, por la densidad de población de sus grandes ciudades, por lo numeroso de sus espectáculos y por la importancia de sus escritores van a la cabeza en la producción dramática y puede asegurarse que tienen ya un teatro propio. Estas naciones son Argentina y Méjico. Sobre todo la primera. Autores y actores suramericanos acuden a Buenos Aires, lo que ocurre en Méjico.

co capital con los autores y actores de Centroamérica.

Los primeros ensayos del teatro argentino se deben a una familia de artistas. La familia Podestá, de la que destacaron los hermanos Blanca y Pablo. La primera durante muchos años ha sido la primera actriz argentina de mas prestigio y popularidad. Esta familia procedía de artistas de circo y en los circos empezaron sus representaciones, en la misma pista. Las obras que representaban eran escenificaciones de Martín Fierro y otros gauchos célebres o personajes populares de la literatura argentina encarnados soberbiamente por la corpulenta y arrogante figura de Pablo Podestá que asombraba a su público cuando salía a caballo a la pista luciendo a un mismo tiempo sus asombrosas facultades de actor y de jinete.

Al cabo de unos años los Podestá fueron mejorando su repertorio y llegaron a interpretar teatro universal. Al operarse este cambio surge Camila Quiroga, actriz cuya formación artística se debe a José Tallaví del que fér dama joven varios años.

La Quiroga, al independizarse y formar su compañía propia, interpreta ya las obras y los grandes caracteres universales llegando a significar en la escena argentina algo parecido de lo que fué en la española doña María Guerrero.

Al mismo tiempo que los Podestá y la Quiroga ponen los cimientos del teatro nacional argentino aparecen dos grandes autores sudamericanos. Florencio Sánchez, uruguayo, y Armando Moock, chileno. Del primero se conocen dos obras en España aunque no lo recuerde esta generación "Los muertos", escenas de los bajos fondos bonaerenses que dió a conocer José Tallaví y "Barranca abajo" drama rural argentino que fue representado por Camila Quiroga en el teatro de la Princesa. De Armando Moock conocen los españoles "La serpiente", también representado en la Princesa por la citada actriz. No obstante la valía de autores y actores en la escena argentina, hasta hace pocos años el teatro español tenía en las naciones del Plata un gran prestigio que ha ido perdiendo a causa de la mala producción y de los endebles conjuntos que han ido de la península en las últimas temporadas. Mientras tanto el teatro argentino, aparte de García Velloso y otros autores de prestigio se dedicaba de lleno al sainete en el que han llegado a ser maestros tomando como modelos a López Silva y Arniches a quien

se admira profundamente. En este género se han formado autores notabilísimos entre los que recuerdo a Bacarezza, y Discépolo -hermano del compositor- y el autor de "Bendita seas" cuyo nombre siento no recordar, comedia que dió a conocer en el teatro Lara la Compañía de Lola Membrives.

Como intérpretes, en el sainete, han destacado actores y caricistas eminentes, algunos como Roberto Casaux dignos de figurar al lado de los grandes nombres universales. Además de este actor recuerdo por el efecto que me produjeron a Parravicini, Arata, Ruggiero, Alippi, Muñio. Parravicini ha sido y creo que sigue siendo el actor más popular de la Argentina. Magnífica personalidad, empresario, autor de las obras que interpreta, concejal del Ayuntamiento de Buenos Aires, millonario, hombre de mundo, gran ingenio. Este actor hizo una visita a España por el año 12 y con la compañía del teatro de la Comedia de Madrid dió dos representaciones de la obra "Fruta dada" original de García Velloso.

Roberto Casaux tenía grandes deseos de venir a España, la ilusión de toda su vida, según nos manifestó a los actores de Martínez Sierra durante nuestra estancia en Buenos Aires en el año de 1918. Quería conocer el paisaje español, sus ciudades históricas, sus museos, su público, sus actores, y al mismo tiempo aprovechar el viaje para que Barba y Ruiz los demás magos de la peluquería teatral española le hicieran una colección de pelucas.

El año 29, durante la actuación de la Compañía de Martínez Sierra en Eslava de Madrid, vimos aparecer un día a Casaux por el salóncillo. Venía radiante. Estuvo gentilísimo, prodigando elogios a todo. Encantaba adorable a Madrid. Contaba entusiasmado sus giras a Toledo y El Escorial. Pocos días después se despidió de nosotros porque quería conocer Andalucía y Levante para embarcar al regreso en Barcelona.

A su regreso a Buenos Aires hizo grandes elogios de España y de sus actores, especialmente de Morano y Antonio Vico. Murió pocos meses después siendo su muerte una gran pérdida para el teatro argentino.

En el teatro dramático porteño han surgido otras grandes figuras. La compañía Rivers-De Rosas, tan conocida y querida de nuestro público. La actriz de comedia Eva Franco, artista eminente que Martínez Sierra no pudo lograr dar a conocer en España según su deseo. Y esa deliciosa actriz que se llama Pauli

ne Singerman a quien le sorprendió en España nuestra guerra en pleno éxito.

Todas estas compañías y otras de nueva formación que no conozco interpretan las obras de valía del teatro universal, desconocidas en su mayoría del público español por culpa de los organizadores teatrales.

Esto no se debe solo al esfuerzo de autores y actores argentinos sino a empresarios como Faustino Darosa, Losada y otros que llevan a sus teatros las mejores compañías y espectáculos del mundo comprometiéndose en ello verdaderas fortunas. Son empresarios capaces de amparar un proyecto artístico cuando este tiene calidad, a quienes repugna lo chabacano por elegancia espiritual y por creer que ello lesiona su buen nombre. Se debe también a realizadores como Sussini de cuyo "Romeo y Julieta" montado por él hemos visto una fotografía que alterna su dirección teatral con la cinematográfica.

El teatro mexicano tiene el vuelo más corto y su producción literaria es menos considerable que la argentina pero tiene obras como unas estampas de la vida de Pancho Villa de Utof "Pancho Virondo" de gran emoción dramática y ricas en colorido y ambiente. La obra consta de cinco estampas que han sido representadas dos, una por la compañía de Vilches y otra por la de Martínez Sierra que se llamaba "Mi compadre el Gallo". Otros poetas mexicanos como Medizvolio y Romero Ruben pueden dar grandes obras al teatro de habla castellana.

La emigración ha llevado ahora a América a dos grandes valores jóvenes de la escena española Rafael Alberti y Alejandro Casona, a la mejor actriz, Margarita Xirgu, y a los dos mejores decoradores Santiago Ontañón y Manuel Fontanals. El gran teatro español, mejor dicho, el gran teatro de habla española está hoy en América expulsado de España.

Edmundo BARBERO

EL PUENTE

(CUENTO)

"A QUI vivió Vania Sergeiev". Ya estaba escrito sobre la pared de la habitación y le parecía algo tan ridículo que deseaba borrarlo inmediatamente. Pero le complacía tardar en decidirse e imaginar lo que se le ocurriría al día siguiente a la patrona. "En nombre de Dios, yo les juro que no sabía nada. Era algo raro, pero ahora todos los jóvenes son raros. Se encierran a leer. No beben. Pero ¿quién lo habría de decir?. No. Yo no sabía nada. San Esteban me asistía". Sofocada se adelantaría a los gendarmes sin dejar de charlar. Entrarían allí mismo. Revolverían la cama, la mesa, el estante, las ropas. Y por fin alguien descubriría el letrero en lápiz, a la altura de la cabecera: "Aquí vivió Vania Sergeiev". Vania Sergeiev, el muchacho de pelo negro, largo, ensortijado que había caído después de las dos detonaciones y sobre cuyo cuerpo habrían pasado impotentes los caballlos de la escolta.

-¿Cuánto tiempo lleva esto escrito?, preguntaría el sargento.

-No lo sé, por Dios, se lo juro. No había pensado.. -No interesa lo que usted piense. Conteste a lo que le preguntan.

-Pero cómo voy a contestar a lo que no sé, señor sargento.

El oficial interrumpiría. "Ponga usted en el atestado que lo hizo en la última noche"

-A sus órdenes.

"En la última noche". Tenía razón el oficial. Era en la última noche, después de revisar todos los papeles y destruir los inconvenientes. Después de tumbarse un rato y no poder dormir por el ruido intermitente del ganado en el corral del vecino."¿A qué horas cantan los gallos? Dicen que solo en horas fijas, pero esta noche parecían incansables" Además, la habitación se había cargado de aromas espesos de árboles que florecen y de tierra que se esponja. "Durante la noche solo duerme el hombre". Como dormiría tranquilamente aquél que ignora lo que pasará a la eternidad y a la historia unido al nombre de Vania.

Como dormirán sus compañeros, esperando. Quizás Piotr vele, porque su sensibilidad enfermiza le hará cavilar incansablemente en la visita de su espíritu, que le ha prometido, para probarlo si efectivamente hay un más allá en el que los espíritus se mueven libremente. Su tarea es sencilla: coger el libro que tendrá cerrado sobre la mesilla de noche y ponerlo abierto sobre la otra mesa. Y ya estará confirmada toda una teoría, probado todo aquello sobre lo que los demás -y él mismo- se permiten bromas, lo que le obliga a referirse a ello tímidamente. Como cuando le abordó, después de la reunión y le pidió en secreto aquel gran favor. "A tí ¿qué más te da?". "Claro que no me importa, Piotr; claro que te lo prometo ¿por qué no?". Y el buen muchacho se lo agradecía con un abrazo y bajaba la escalera corriendo, emocionado, escapando en la niebla del río hacia su casa.

Velaría hora. Como él. Le llegaría también esta misma tufarada de humo... No, porque él no vivía en el barrio de las fábricas y de los corrales con gallos que se agitan y becerros que mugen. En esta mezcla de aldea y ciudad donde pasaban interminables los tranvías al retirarse para casi enseguida volver a revolver todo con el estrépito de sus caíones vacíos en la salida de madrugada.

"Las cuatro ya". Cuando empieza la jornada de los pobres y de los campesinos. ¿Qué harán los padres en la aldea? Dormir, seguramente. Tal vez en algún periódico salga dentro de unos días la casita de madera y los ojos hundidos de su madre. Ella le disculparía siempre. Su padre presentaría sus mejillas brillantes, su mirada severa, y bajo sus barbas se escaparían maldiciones. "No es mi hijo, yo no me reconozco padre de ese monstruo". Y lo diría él, para

seguir viviendo tranquilo y conservar el aprecio de las autoridades, de las gentes acomodadas como él. Y lo diría su padre, de quien había recibido la primera impresión de la injusticia cuando reseñaba asperamente a su mujer cada día y en cada ocasión en que algo no estaba según su gusto -y nada estaba jamás a gusto de él. Cuando le oyó llamar "puerca bestia" su madre por un detalle insignificante y recordarla que él no era como otros que pegaban a sus mujeres, porque él había sido educado bien, pero que no dejaba de comprender que los que tuviesen la desgracia de emparejarse como él hacían bien en tundir las costillas de sus compañeras. Entonces entró Vanina gritando:

-No puedo soportar ésto.

Y el padre:

-Pues no te metas en lo que no te importa. Y si lo vuelves a hacer no te escaparás sin una buena bofetada. Es mi casa. Mando yo. Soy tu padre. ¡Vete!

-A mí dime lo que quieras. Pégame si se te antoja! Pero si tocas a mi madre!...

-¡Sal! ¡que no te oiga! ¡Amenazar a tu padre! ¡Ve te antes de que te maldiga!

La madre intervino entonces.

-Hijo, no te pongas frente a Dios. Tu padre tiene razón. Es justo.

Es justo... ¡Buena justicia aquella!. Buena justicia la de tiranos sobre tiranos, hasta llegar al tirano máximo. El tirano que duerme ahora sin saber que hay un pulso tranquilo aguardándole hasta la última hora que va a sonar dentro de estas mismas veinticuatro.

El también iba a caer. Era el precio. El indecente esclavizador exigía esa compensación. La vida de un hombre joven. La vida de alguien que valía infinitamente más que él. La vida de un hombre generoso lleno de ternura humana hacia todo lo que espera una liberación que ya no puede tardar. Llegará para los demás ese día, para él no. Estas primeras luces que se insinúan son las últimas que podrá ver. Las sirenas de las fábricas que sonarán enseguida las últimas que cirrá. Los últimos gorjeos de los pájaros, los últimos cantojos, los últimos mugidos tierros, el último aire húmedo, pesado, sensual; la última caricia de la almohada en el rostro sensible, el último movimiento voluntario de los dedos... hasta el último latido del corazón que ahora se sube a la parte alta del pecho, y más arriba... hasta las

sienes...

Tres horas de sueño no son muchas y la cara está hundida y los ojos enfébricos. El agua fresca se lo lleva todo y la canción del día. Desde el momento en que se despertó por el peso del sol en los párpados empezó a reírse de él aquel letrerito con lápiz. "Eres un petulante y un intelectual. Tu qué importas?. Vahía no es nada. "Los justicieros" son todo. Eres un miembro de una obra grande y a ti so lo nunca se te hubiera ocurrido ésto ni hubieras sido capaz de hacerlo." Con la toalla aun húmeda borró la huella del lápiz y se encontró más dueño de sí. El día estaba magnífico. Nada podía fallar. La pistola, revisada cuidadosamente, daba una sensación dura y suave realmente agradable.

"Adios pequeña habitación vulgar de un color roso odioso. Adios muebles tristes y pobretones. Adios vieja rústica que no sabes mas que rezos y hacer una monótona comida para el hijo de un propietario acomodado de tu pueblo. Me importais tres pitos. Te agusten o no los salles de los guardias, te aterres o no, llores o no, sufras o no, !me es igual! Cuando sepais lo que vais a ganar con lo que nosotros hacemos pondreis nuestros retratos en el sitio de los iconos. Porque no entendéis nada. Por que sois unos bestias"

No estaba equivocado Grigori Mitchenko. Por la Ulitzá Central iban poniendo los guardias. Por allí pasaría la comitiva. Estaba muy bien barrida la calle y los comerciantes habían lavado las fachadas. Ahora andaba todavía uno retrasado sacando brillo al cristal del escaparate. Bueno, él no. Su chiquillito de recados, el esclavo de este tiranuelo pobre. Él se limitaba a regañarle señalándole los rincones donde aún no había llegado su manecilla morada con la humedad de la esponja.

Dos rostros femeninos miraban con curiosidad desde la ventanilla encima de la muestra. Serían las hijas del tendero. Allí estaban empolvadas, nerviosas, dudando si su voz era lo suficientemente poderosa para dar un "Viva el Zar!" que pudiese oírse sobre el estrépito de los carriajes. Pero lo oiría seguramente el oficialito estirando, con su gorra blanca, que ahora revisaba aquellos puestos y seguramente para las hijas del comerciante tendría más interés la sonrisa del militar que la del propio.

1074



Zar. Se lo comían con ojos hambrientos. Para Vanis no había la menor atención. Estaría bien pedirle al padre permiso para ver desde allí el cortejo. Le diría que él era forastero, hijo de un propietario terrateniente, hombre de orden. Después, con su puntería experimentada dispararía desde allí. Y en la silla recargada donde seguramente estaba aquella ventana se suicidaría procurando mancharlo todo. Los gendarmes harían el resto. Detenido por complicidad el padre, aquellas niñas no volverían a poder mirar con ese descaro de prostitutas decentes a los oficiales bonitos. Comprenderían que la vida no es un cortejo de vanidades y que hay hombres mucho más heroicos que los que se visten de un uniforme vistoso para pavonearse por una calle como una cupletista.

¡Bah! ¿Qué mas da? Era una revancha estúpida porque no le hubieran mirado a él. Y, en el fondo, un sentimiento de envidia hacia el oficial. Nada de lo que pasase en aquella casa, en aquella calle tenía interés. -Pero ¿tenía interés en que él sacrificase su vida si todo iba a seguir igual? Porque ¿quien le aseguraba que las gentes iban a sentirse corregidas de sus defectos por el solo hecho de que el Zar y él desaparecieran en una misma mañana hermosa de primavera cuando había llegado la fecha de la ceremonia estúpida de inaugurar un puente?

Seguía mirando junto a la puerta.

-¿Desea usted algo? Puede usted pasar., le dijo el comerciante haciendo a un lado. Entró
-Cigarrillos.

-Corrientes?

-No, "Imperiales" (¿No tenía aspecto él de poder fumar cigarrillos de marca?) Caja grande.

-Perdone usted. Tenga, caballero. Gracias caballero. Adios, caballero. Dios le acompañe, caballero.

Imbecil. Por tus setenta copeks de ganancia, o un rublo, o lo que sea, te pones humilde como un sacristán. Imbecil. Y seguirás imbecil siempre, haga yo lo que haga. Merece la pena de hacer nada? No es una escama la que hay que hacer caer. Es toda la costa que han puesto los siglos. Rascarla a fondo. Hasta la sangre. Una piel nueva para un pueblo nuevo.

Un sargento recorre la fila. Va recogiendo detrás de él a los soldados. ¿Qué pasa?. El oficial espera

en la esquina y allí se van concentrando los pelotones. A medida que se van retirando los centinelas la calle toma un aspecto normal en cuanto a la fisonomía y el paso de los transeúntes que antes parecían posar para una postal de esas que se venden a los turistas con un caballero andando en primer término y un grupo de niños parados junto a una fachada, fijos en una edad que envejece enseguida a causa de la moda de los trajes.

-Perdone usted, señor oficial. ¿No se inaugura el puente hoy?

-Sí. Pero se hará solo la ceremonia civil. Su Majestad no puede acudir.

-Muchas gracias, señor oficial.

Es él. El, Vania Sergeiev quien lo ha preguntado, humildemente, con el sombrero en la mano. Y el oficial le ha contestado sin mirarle casi. Pensando seguramente: "He ahí un pobre papanatas que se ha puesto el traje de los domingos para nada". Pero apenas puede sentirse esta humillación en un cerebro que se ha puesto alegre de repente, feliz, bondamente feliz de que las cosas hayan tenido ese desenlace que le permite llevarlo todo a su marco normal, habitual, vulgar, sin la significación desmedida de lo que ya no va a volver a ser visto cuando se tiene conciencia de que, en efecto, no va a ser visto jamás. "Y mi tranquilidad de estas horas no sería porque tenía el presentimiento de que todo iba a acabar bien" Y luego "Pobre Piotr. Tendrá que concertar con otro la visita de un espíritu para trasladarle los libros".

Los pies le llevaron hacia el puente. Un ligero cordón de guardias establecía una plazoleta frente a la entrada. Cerrando el paso había una cinta con los colores nacionales y al otro extremo otra. Llegarían unos señores con sombrero de copa y las cortarían con unas tijeras de plata. Se darían unos vivas y cruzarían el puente para repetir la ceremonia en el otro lado. Se irían después. Luego los guardias. Y luego la gente empezaría a pasar, primero con curiosidad y a los dos días con la despreocupación de un hecho corriente.

Le empujaron hacia un lado. Acababan de llegar el Presidente de la Duma Municipal y sus consejeros. El Presidente era un hombre atildado y parecía descontento. Su lucha interior consistía en saber si debía guardarse o no el discurso que había preparado

cuidadosamente el día anterior. Se decidió al fin por soltarlo y sacando unas cuartillas del bolsillo manifestó en párrafos académicos, el agradecimiento de la ciudad al Zar por haberse dignado "permitir que se insugurara" aquél nuevo puente que significa ba un paso adelante en el camino del progreso y de la civilización. "El puente pasa sobre la corriente natural, dominandola, como el espíritu sobre los ma los instintos". Esto estaba muy bonito y lo aplau dieron los compadres. No habría muchos marineros ni pescadores entre ellos para aceptar tan ofensivo símbolo para las aguas que arrastran tantas riquezas.

Cortó las cintas y el grupo de levitas iba haciendo una marcha negra cada vez mas distante. En la mi tad del camino el viento les obligó a sujetar los sombreros en un saludo inoportuno a los malos instin tos que iban veloces rizándose en sonrisas de plata.

Vania Sergeiev giró sobre sus talones feliz en su desprecio y su despreocupación. Grigori le dió en el codo.

-Acude esta noche donde siempre.

Y se escondió de nuevo entre la gente, deprisa, extrañamente agrio y malhumorado.

-Es una cobardía incalificable.

-No se trataba, camarada Sergeiev, -dijo el reposado Mischa- de que bayese precisamente el Zar. Parece mentira que hasta ahora no te hayas dado cuenta de que nuestra labor es destruir los símbolos de poder. Obligar al pueblo a que encuentre el camino de su libertad a fuerza de ir suprimiendo a quienes la detestan sin ningún derecho.

-Pero a mí se me ordenó...

-Sí. Es claro. Tienes disculpa. Pero no justifica ción. ¿Crees que si hubiera caído el Presidente de la Duma no se hubiera salido que allí había alguien que hubiera podido hacer desaparecer al Zar, que éste estaba en nuestras manos, que el pueblo no tolera que se sigan paseando impunemente los que lo tie nen sonetido, que hasta que no se les de sus dere chos no podrán vivir tranquilos? Eso debías saberlo desde que estas entre nosotros. Esto es lo que se supuso Grigori cuando te vió dirigirte hacia el puente y tomar un buen puesto donde sin ser molestoso podía haberlo hecho. Y esta es tu falta. Tu falta imperdonable.

-No se me ocurrió que aquel pobre diablo...

-Si se te ocurrió -protestó Grigori- Por eso fui te al puente. Lo que pasa es que tu miedo encontró una disculpa. "Me han dicho que al Zar. No está el Zar luego estoy disculpado" Esas son bobalicenadas que a qui no estamos dispuestos a admitir. ¿Qué dices?

Vania no podía decir nada. Su razón no valía. ¿Para qué repetirla? Se sentía distante y diferente de aquellos que habían sido sus compañeros y que hoy le acusaban. Tanta testarudez sobre el tema de la libertad se le hacía insoportable. En fin de cuentas Grigori estuvo allí, y si él comprendía las cosas mejor que él, también tenía su pistola para haberlo hecho. O no haber esperado a decírselo ahora y haberse lo insinuado cuando era el momento. ¿A qué venían aquellas voces y aquella especie de tribunal?

-¿Qué dices?

-Nada. Que ya no hay posibilidad de arreglarlo. Y que...

Iba a añadir "me parecéis ridículos con vuestras cantilenas teóricas". Pero fue el frío Mischa quien se adelantó.

-Te parecemos unos teóricos mientras tu no vacilaste en aceptar el encargo y te dispusiste a cumplirlo ¿no?

-Casi.

Mischa se sonrió indulgentemente. Miró a Grigori asintiendo. Algo tenían trascendencia sobre él y empezaba a resolverse. Colocado frente a ellos los comenzó a encontrar extraños, impertinentes, pedantes. Todo era como un juego con lo terrible y en el fondo nada más que una cuestión de vanidad. Si hubiera tenido valor se levantaría ahora mismo y se marcharía después de insultarlos. Quedaba un juramento que le unía a ellos, pero ¿daba ésto derecho a tanta mortificación?

Piotr se mordía las uñas, sin dejar de mirarle. Pável arrinconado, en silencio, parecía no ocuparse de nada. No había ninguno más. Solo estaban los de Comité. Y Grigori enfadado y Mischa burlón. Volvió a hablar éste.

-Otra vez seré. Déjemonos ya de historias. Es tarde. Vamonos a casa.

Hubo acuerdo unánime sobre este punto. Y fueron saliendo con precaución, uno a uno.

Ya en la puerta Vania se adelantó a él Mischa y cogiéndole del brazo echó a andar con él.

-La mitad de los que dicen cosas desagradables son

incapaces de hacer lo que tu estabas dispuesto a realizar. ¿No crees?

No creía mas que le molestaba aquél acompañante y hubiera preferido irse solo a casa. "Aqui vivió Vanina Sergeiev". Allí volvería a vivir hasta que esca pase de aquella red y aquella población. Pero el ca mino que seguían no era el de casa.

-¿Adonde vamos?

-Quiero ver ese famoso puente. Quizas no fuese fa cil, tan facil como decís Grigori, el que pudieras hacer polvo al Presidente. -se echó a reír- !Es graciosó, en lugar de una corona, hacer rodar un sombrero de copa!

"No, Mischa, eres un hipócrita. No crees eso. Pretender hacerme confiar porque tenéis preparado algo. Pero yo soy fuerte y si eres tu quien vas a luchar conmigo estas perdido".

Apretó el paso.

-Pues vamos deprisa.

La plazoleta estaba vacía. Los caballos de un coche hacían sonar el aroquin de madera sobre el húe co del puente nuevo. Junto a una fachada se adelantó una silueta: Grigori.

Le sujetó el otro brazo.

-Pero ¿es que...?

-Pudiste seguirle un poco por aquí (entraron en el puente) y al llegar aquí...

La corriente marchaba espesa y negra como una blan da piel estremecida. Junto a la cadera izquierda un cuerpo duro presionó al tiempo que sonaba un estampido algo ahogado. Dos hombres lanzaron un muñeco al agua.

Los faroles de los pretilles apenas notaron un tem blor en sus reflejos que se bañaban.

Pablo DE LA FUENTE

PREGUNTAS A FEDERICO SOPEÑA

UNO de los desengaños que he tenido una vez, terminada la guerra, ha sido el ver la firma de Federico Sopeña en el periódico "Arriba".

Procedentes de centros de enseñanza completamente distintos (él se educó en un colegio de religiosos y yo en el Instituto Escuela, de espíritu profundamente laico) nos reunimos en la Facultad de Derecho de Madrid, y pronto nació entre nosotros una franca amistad. En el transcurso de nuestras conversaciones apareció con muchísima frecuencia el tema político. La posición de él descansaba en un liberalismo católico, muy parecido al que tuvieron algunos de los partidarios del partido católico alemán, de la ya fallecida República de Weimar. Tolerante con todas las ideas, creía que el único camino posible para el pleno desarrollo de cualquiera de ellas, era el ir consiguiendo adeptos por medio de la conversión y que cualquiera que utilizara la fuerza para conseguir sus propósitos, no conseguiría más que conservarlo durante un cierto lapso de tiempo, pues la mente humana es contraria a la violencia en lo referente al campo intelectual. Como católico ferviente creía que estaba en posesión de la verdad y confiaba en poder llevar a la maneta de los hombres el convencimiento de que el catolicismo poseía la única verdad. En la esfera social esperaba que una vez que la mayoría de los hombres estuvieran penetrados de la idea cristiana podrían realizarse todos los avances que la doctrina de Cristo llevaba im-

plicita.

Muchas veces hablando sobre los regímenes de fuerza me decía las palabras de Cristo, cuando al ser prendido en el huerto de Getsemani, uno de sus acompañantes sacó su espada y le cortó la oreja a uno de los siervos del Pontífice: "Vuelve tu espada a su lugar, porque todos los que tomaren espada, a espada perecerán".

Aplicaba, como buen cristiano, estas palabras a las diferentes doctrinas políticas y sobre todo a los fascistas que habían llevado la violencia, en su mayor grado, a las luchas que se desarrollaban en la Universidad. Me decía : "¿Cómo pueden pensar en lograr una fuerza que les permita alcanzar el poder, cuando, en un centro como la Universidad quieren alcanzar adictos a fuerzas de tiros y estacazos?.. ¿No comprenden que a los opuestos no los pueden convencer por la dialectica del golpe y a la gran masa nuestra, en la que hay muchos católicos como yo, le repugnan estos métodos?".

Como habréis visto era un hombre que vivía con una fe, qué tenía una visión del mundo para nosotros ilusoria y un tanto utópica, visión que no había perdido durante la guerra.

Desde diciembre de 1937 quedó incorporado a la brigada en que yo estaba, lo que nos permitió seguir nuestras charlas. Entonces hablábamos de los dos mandados que se enfrentaban y yo trataba de traerlo a nuestro campo, pues le tenía por un hombre sincero e íntegro. Aljaldo él, según me decía, de nosotros por nuestra oposición a la Iglesia católica, reconoció la fuerza moral que teníamos para defender nuestros derechos, ya que habíamos sido agredidos. No son unas palabras muy cristianas, añadía, pero vosotros no lo sois; tenéis una moral, que aunque muy parecida a la cristiana, por ser su base, discrepa de ésta en algunos puntos, entre los que figura éste. Lo que no se pudo justificar desde un punto de vista cristiano es la posición de los nacionalistas. Si Cristo dijo "De cierto os digo que difícilmente entrará un rico en el reino de los Cielos". Refiriéndose al joven rico y en el sermón del monte " Y al que quisiera ponerte a pleito y tomarte tu ropa, déjale también tu capa". Y ellos como cristianos creen en ellas ; como se revuelven y levantan una guerra para defender en nombre de Cristo aquello que El nego?.

Con estas pequeñas muestras de cuál era el espíritu

tu de ese místico, tal vez de ahí su gran pasión por la música, es bastante para comprender mi extrañeza al verle colaborar en un periódico del carácter de "Arriba".

Un hombre que soñaba con poder establecer sobre la tierra la Ciudad de Dios, que imaginó Cristo, colabora en un periódico que pretende establecer el reino de la violencia y de los apetitos nacionales. ¿Qué ha pasado en su espíritu?

Yo creo que le ha sucedido algo parecido a lo que le pasó a la Iglesia católica. Así como esta fue renunciando a establecer en el alma de los hombres el reino de Dios, el renunció a llevar la verdad de Cristo por medio del convencimiento. Así como ella prefirió renunciar a aquel reino para establecer el poderío de la Iglesia, para dominar de esa manera a los hombres, renunció él a aquel ideal de bondad que en principio tuviera, para conseguir una posición dominante en el mundo de los vencedores.

En cuanto la Iglesia católica empezó a tener dudas sobre su conducta, se hizo dogmática y prohibió toda discusión sobre ella. ¿Le ha pasado lo mismo a Sopeña? ¿Ha perdido su primitiva fe y por eso se une a aquellos que por su política prohíben toda libre expresión del pensamiento? ¿Se muestra intolerante, no porque esté seguro de su fe, sino porque no lo está?

Todas estas preguntas son las que yo quisiera hacer a mi antiguo amigo y compañero que soñó con un mundo en el que reinara la paz entre los hombres y se cumpliera el mandamiento de Jesus de "Amarás a tu prójimo como a ti mismo".

José CAMPOS

TIERRA 1083



LA TIERRA
DE
ALVARGONZALEZ

de

ANTONIO MACHADO

I

Siendo mozo Alvargonzalez,
dueño de mediana hacienda,
que en otras tierras se dice
bienestar y aquí, opulencia,
en la feria de Berlanga
prendóse de una doncella,
y la tomó por mujer
al año de conocerla.

Muy ricas las bodas fueron,
y quien las vió las recuerda;
sonadas las tornabodas
que hizo Alvar en su aldea;
hubo gaitas, tamboriles,
flauta, bandurria y vihuela,
fuegos a la valenciana
y danza a la aragonesa.

II

Feliz vivió Alvargonzalez
en el amor de su tierra.
Naciéronle tres varones,
que en el campo son riqueza,
y, ya crecidos, los puso,
uno a cultivar la huerta,
otro a cuidar los merinos,
y dió el menor a la Iglesia.

III

Mucha sangre de Cain
tiene la gente labriega,
y en el hogar campesino
armó la envidia pelea.

Casaronse los mayores;
tuvo Alvargonzalez nueras,
que le trajeron cizaña,
antes que nietos le dieran.

La codicia de los campos
ve tras la muerte la herencia;
no goza de lo que tiene
por ansia de lo que espera.

El menor, que a los latines
prefería las doncellas
hermosas y no gustaba
de vestir por la cabeza,
colgó la sotana un día
y partió a lejanas tierras.
La madre lloró; y el padre
dióle bendición y herencia.

IV

Alvargonzalez ya tiene
la adusta frente arrugada,
por la barba le platea
la sombra azul de la cara.

Una mañana de otoño
salió solo de su casa;
no llevaba sus lebreles,
agudos canes de caza;

iba triste y pensativo
por la alameda dorada;
anduvo largo camino
y llegó a una fuente clara.

Echóse en la tierra; puso
sobre una piedra la manta,
y a la vera de la fuente
durmío al arrullo del agua.

EL SUEÑO

I

Y Alvargonzalez veía,
como Jacob, una escala
que iba de la tierra al cielo,
y oyó una voz que le hablaba.
Mas las hadas hilanderas,
entre las vedijas blancas
y vellones de oro, han puesto
un mechón de negra lana.

II

Tres niños están jugando
a la puerta de su casa;

entre los mayores brinca
un cuervo de negras alas.
La mujer vigila, cose
y, a ratos, sonríe y canta.
-Hijos, ¿qué hacéis?, les pregunta.
Ellos se miran y callan.
-Subid al monte, hijos míos,
y antes que la noche caiga,
con un brazado de estepas
hacedme una buena llama.

III

Sobre el lar de Alvargonzález
está la leña apilada;
el mayor quiere encenderla,
pero no brota la llama.
-Padre, la hoguera no prende,
está la estepa mojada.

Su hermano viene a ayudarle
y arroja astillas y ramas
sobre los troncos de roble;
pero el resollo se apaga.
Acude el menor, y enciende,
bajo la negra campana
de la cocina, una hoguera
que alumbría toda la casa.

IV

Alvargonzález levanta
en brazos al más pequeño
y en sus rodillas lo sienta:
-Tus manos hacen el fuego;
aunque el último naciste
tú eres en mi amor primero.
Los dos mayores se alejan
por los rincones del sueño.
Entre los dos fugitivos
reluce un hacha de hierro.

AQUELLA TARDE...

I

Sobre los campos desnudos
la luna llena manchada
de un arrebol purpurino,
enorme globo, asomaba.
Los hijos de Alvargonzález
silenciosos caminaban,
y han visto al padre dormido
junto de la fuente clara.

II

Tiene el padre entre las cejas
un ceño que le aborrasca
el rostro, un tachón sombrío
como la huella de un hacha.
Soñando está con sus hijos,
que sus hijos lo apuñalan;
y cuando despierta mira
que es cierto lo que soñaba.

III

A la vera de la fuente
quedó Alvargonzález muerto.
Tiene cuatro puñaladas
entre el costado y el pecho,
por donde la sangre brota,
mas un hachazo en el cuello.
Cuenta la tragedia del campo
el agua clara corriendo,
mientras los dos asesinos
huyen hacia los hayedos.
Hasta la Laguna Negra,
bajo las fuentes del Duero,
llevan al muerto, dejando
detras un rastro sangriento;
y en la laguna sin fondo
que guarda bien sus secretos,
con una piedra enterrada
a los pies, tumba le dieron.

IV

Se encontró junto a la fuente
la manta de Alvargonzález,
y, camino del hayedo,
se vió un reguero de sangre.
Nadie de la aldea ha osado
a la laguna acercarse,
y el sonábrila inútil fuera,
que es la laguna insombrable.
Un buhonero, que cruzaba
aquellas tierras errante,
fue en Bouria acusado, preso
y muerto en garrote infame.

V

Pasados algunos meses,
la madre murió de pena.
Los que muerta la encontraron
dicen que las manos vertidas
sobre su rostro tenía,

oculto el rostro con ellas.

VI

Los hijos de Alvargonzalez
ya tienen majada y huerta,
campos de trigo y centeno
y prados de hierba fina;
en el olmo viejo, hendido
por el rayo, la colmena,
dos yuntas para el arado,
un mastín y mil ovejas.

OTROS DIAS

I

Ya están las zarzas floridas
y los ciruelos bianquean;
ya las abejas doradas
liban para sus colmenas,
y en los nidos, que coronan
las torres de las iglesias,
asoman los garabatos
ganchudos de las cigüeñas.
Ya los olmos del camino
y chopos de las riberas
de los arroyos, que buscan
al padre Duero, verdean.
El cielo está azul, los montes
sin nieve son de violeta.
La tierra de Alvargonzalez
se colmará de riqueza;
muerto está quien la ha labrado,
mas no le cubre la tierra.

II

La hermosa tierra de España
adusta, fina y guerrera
Castilla, de largos ríos,
tiene un puñado de sierras
entre Soria y Burgos como
reductos de fortaleza,
como yelmos crestonados,
y Urbión es una cimera.

III

Los hijos de Alvargonzalez,
por una empinada senda,
para tomar el camino
de Salduero a Covaleda,
cabalgan en pardas mulas
bajo el pinar de Vinuesa.
Van en busca de ganado

con que volver a su aldea,
y por tierra de pinares
larga jornada comienzan.
Van Duero arriba, dejando
atrás los arcos de piedra
del puente, y el caserío
de la ociosa y opulenta
villa de indianos. El río,
al fondo del valle, suena,
y de las cabalgaduras
los cascos baten las piedras.
A la otra orilla del Duero
canta una voz lastimera:
"La tierra de Alvargonzalez
se colmará de riqueza,
y el que la tierra ha labrado
no duerme bajo la tierra."

IV

Llegados son a un paraje
en donde el pinar se espesa,
y el mayor, que abre la marcha,
su parda mula espolea
diciendo: Démonos prisa;
porque son más de dos leguas
de pinar y hay que apurarlas
antes que la noche venga.

Dos hijos del campo, hechos
a quebradas y asperezas,
porque recuerdan un día
la tarde en el monte temblan.
Allá en lo espeso del bosque
otra vez la coyla suena:
"La tierra de Alvargonzalez
se colmará de riqueza,
y el que la tierra ha labrado
no duerme bajo la tierra".

V

Desde Salduero el camino
va al hilo de la ribera;
a ambas márgenes del río
el pinar crece y se eleva,
y las rocas se aborrascan,
al par que el valle se estrecha.
Los fuertes pinos del bosque
con sus copas gigantescas,
y sus desnudas raíces
amarrradas a las piedras;
los de troncos plateados
cuyas frondas azulean,
pinos jóvenes; los viejos,

cubiertos de blanca lepra,
musgos y líquenes canos
que el grueso tronco rodean,
colmán el valle y se pierden
rebasando ambas laderas.
Juan, el mayor, dice: -Hermano,
si Blas Antonio apacienta
cerca de Urbión su vacada,
largo camino nos queda.

-Cuanto hacia Urbión alarguemos
se puede acortar de vuelta,
tomando por el atajo,
hacia la Laguna Negra,
y bajando por el puerto
de Santa Inés a Vinuesa.
-Mala tierra y peor camino.
Te juro que no quisiera
verlos otra vez. Cerremos
los tratos de Covaleda;
hagamos noche y, al alba,
volvámonos a la aldea
por este valle, que, a veces,
quien piensa atajar rodea.
Cerca del río cabalgan
los hermanos, y contemplan
cómo el bosque centenario,
al par que avanzan, aumenta,
y la roqueda del monte
el horizonte les cierra.
El agua, que va saltando,
parece que canta o cuenta:
"La tierra de Alvargonzález
se colmará de riqueza,
y el que la tierra ha labrado
no duerme bajo la tierra."

CASTIGO

I

Aunque la codicia tiene
redil que encierre la oveja
trojes que guarden el trigo,
bolsas para la moneda,
y garras, no tiene manos
que seyan labrar la tierra.
Así, a un año de abundancia
siguió un año de pobreza.

II

En los sembrados crecieron
las amapolas sangrientas;
pudrió el tizón las espigas
de trigales y de avenas;

hielos tardíos mataron
en flor la fruta en la huerta,
y una mala hechicería
hizo enfermar las ovejas.
A los dos Alvargonzález
maldijo Dios en sus tierras,
y al año pobre siguieron
largos años de miseria.

III

Es una noche de invierno.
Cae la nieve en remolinos.
Los Alvargonzález velan
un fuego casi extinguido.
El pensamiento amarrado
tienen a un recuerdo mismo,
y en las ascuas mortecinas
del hogar los ojos fijos.
No tienen leña ni sueño.
Larga es la noche y el frío
arrecia. Un candil humea
en el muro ennegrecido.
El aire agita la llama
que pone un fulgor rojizo
sobre las dos pensativas
testas de los asesinos.
El mayor de Alvargonzález,
lanzando un ronco suspiro,
rompe el silencio, exclamando:
-Hermano, ¡qué mal hicimos!
El viento la puerta bate,
hace temblar el postigo,
y suena en la chimenea
con hueco y largo bramido.
Después el silencio vuelve,
y a intervalos el pabilo
del candil chisporrotea
en el aire aterciado.
El segundo dijo: -Hermano,
demos lo viejo al olvido!

EL VIAJERO

I

Es una noche de invierno.
Azota el viento las ramas
de los álamos. La nieve
ha puesto la tierra blanca.
Bajo la nevada, un hombre
por el camino cabalga;
va cubierto hasta los ojos,
embozado en negra capa.
Entrado en la aldea, busca

de Alvargonzalez la casa,
y ante su puerta llegado,
sin echar pie a tierra, llama.

II

Los dos hermanos oyeron
una aldabada a la puerta,
y de una cabalgadura
los cascos sobre las piedras.
Ambos los ojos alzaron
llenos de espanto y sorpresa.
-¿Quién es? responde, gritaron.
-Miguel, respondieron fuera.
Era la voz del viajero
que partió a lejanas tierras.

III

Abierto el portón, entróse
a caballo el caballero
y echó pie a tierra. Venía
todo de nieve cubierto.
En brazos de sus hermanos
lloró algún rato en silencio.
Después dió el caballo al uno,
al otro, capa y sombrero,
y en la estancia campesina
buscó el arrimo del fuego.

IV

El menor de los hermanos,
que niño y aventurero
fue más allá de los mares
y hoy torna indiano opulento,
vestía con negro traje
de peludo terciopelo,
ajustado a la cintura
por ancho cinto de cuero.
Gruesa cadena formaba
un bucle de oro en su pecho.
Era un hombre alto y robusto,
con ojos grandes y negros
 llenos de melancolía;
la tez de color moreno,
y sobre la frente comba
enamirados cabellos;
el hijo que saca parte
señor de padre labriego,
a quien fortuna le debe
amor, poder y dinero.
De los tres Alvargonzalez
era Miguel el mas bello;
porque al mayor afeaba

el muy poblado entrecejo
bajo la frente mezquina,
y al segundo, los inquietos
ojos que mirar no saben
de frente, torvos y fieros.

V

Los tres hermanos contemplan
el triste hogar en silencio;
y con la noche cerrada
arrecia el frío y el viento.
-Hermanos, ¿no teneis leña?,
dice Miguel.

-No tenemos,
responde el mayor.

Un hombre,
milagrosamente, ha abierto
la gruesa puerta cerrada
con doble barra de fierro.
El hombre que ha entrado tiene
el rostro del padre muerto.
Un halo de luz dorada
corla sus blancos cabellos.
Lleva un haz de leña al hombro
y empuña un bacha de fierro.

EL INDIANO.

I

De aquellos campos malditos,
Miguel a sus dos hermanos
compró una parte, que mucho
caudal de América trajo,
y aun en tierra mala, el oro
lució mejor que enterrado,
y mas en mano de pobres
que oculto en orza de barro.

Diose a trabajar la tierra
con fértil y tesón el indiano,
y a laborar los mayores
sus pegujales tornaron.

Ya con nacizas espigas,
preñadas de rubios granos,
a los campos de Miguel
tornó el fecundo verano;
y ya de aldea en aldea
se cuenta como un milagro,
que los asesinos tienan
la maldición en sus campos.

Ta el pueblo canta una copla
que narra el crimen pasado:

"A la orilla de la fuente
lo asesinaron.
Que mala muerte le dieron
los hijos malos!
En la laguna sin fondo
al padre muerto arrojaron.
No duerme bajo la tierra
el que la tierra ha labrado."

II

Miguel, con sus dos lebreles
y armado de su escopeta,
hacia el azul de los montes,
en una tarde serena,
caminaba entre los verdes
chopos de la carretera,
y oyó una voz que cantaba:
"No tiene tumba en la tierra.
Entre los pinos del valle
del Revinuesa,
al padre muerto llevaron
hasta la Laguna Negra."

LA CASA

I

La casa de Alvargonzalez
era una casona vieja,
con cuatro estrechas ventanas,
separada de la aldea
cien pasos y entre dos olmos
que, gigantes centinelas,
sombra le dan en verano,
y en el otoño hojas secas.

Es casa de labradores,
gente aunque rica plebeya,
donde el hogar humeante
con sus escaños de piedra
se ve sin entrar, si tiene
abierta al campo la puerta.

Al arrimo del resollo
del hogar borbotonean
dos pucherillos de barro,
que a dos familias sustentan.

A diestra mano, la cuadra
y el corral, a la siniestra,
huerto y abejar, y, al fondo,
una gastada escalera,
que va a las habitaciones
partidas en dos viviendas.

Los Alvargonzalez moran

con sus mujeres en ellas.
A ambas parejas que hubieron,
sin que lograrse pudieran,
dos hijos, sobrado espacio
les de la casa paterna.

En una estancia que tiene
luz al huerto, hay una mesa
con gruesa tabla de roble,
dos sillones de vaqueta,
colgado en el muro, un negro
ábaco de enormes cuentas,
y unas espuelas mohosas
sobre un arcón de madera.

Era una estancia olvidada
donde hoy Miguel se aposenta.
Y era allí donde los padres
veían en primavera
el huerto en flor, y en el cielo
de mayo, azul, la cigüeña
—cuando las rosas se abren
y los zarzales blanquean—
que enseñaba a sus hijuelos
a usar de las alas lentes.

Y en las noches del verano,
cuando la calor desvela,
desde la ventana al dulce
ruiseñor cantar oyeron.

Fué allí donde Alvargonzalez,
del orgullo de su huerta
y del amor de los suyos,
sacó sueños de grandeza.
Cuando en brazos de la madre
vió la figura risueña
del primer hijo, bruñida
de rubio sol la cabeza,
del niño que levantaba
las codiciosas, pequeñas
manos a las rojas guindas
y a las moradas ciruelas,
o aquella tarde de otoño
dorada, plácida y buena,
él pensó qué ser podría
feliz el hombre en la tierra.

Hoy canta el pueblo una copla
que va de aldea en aldea:
"Oh casa de Alvargonzalez,
que malos días te esperan;
casa de los asesinos,
que nadie llame a tu puerta!"

II

Era una tarde de otoño.

En la clameda dorada
no quejan ya ruiñores;
enmudeció la cigarrilla.

Las últimas golondrinas,
que no emprendieron la marcha,
morirán, y las cigüeñas
de sus nidos de retamas,
en torres y campanarios,
huyeron.

Sobre la casa
de Alvaronzález, los olmos
sus hojas que el viento arranca
van dejando. Todavía
las tres redondas acacias,
en el atrio de la iglesia,
conservan verdes sus ramas,
y las castañas de Indias
a intervalos se desgajan
cubiertas de sus erizos;
tiene el rosal rosas grana
otra vez, y en las praderas
brilla la alegra otoñada.

En laderas y en alcores,
en ribazos y cañadas,
el verde nuevo y la hierba,
sui del estío quemada,
alternan; los serrujones
pelados, las lomas calvas;
se coronan de plomizas
nubes apelotonadas;
y bajo el pinar gigante,
entre las marchitas zarzas
y amarillentos helechos,
corren las crecidas aguas
a engrosar el padre río
por canchales y barrancas.
Abundó en la tierra un gris
de plomo y azul de plata,
con manchas de roja herrumbre,
todo envuelto en luz violada.

¡Oh tierras de Alvaronzález,
en el corazón de España,
tierras pobres, tierras tristes,
tan tristes que tienen alma!

Perdemos que cruza el lobo
aullando a la luna clara
de bosque a bosque, baldíos
llenos de peñas rodadas,
donde roída de buitres
brilla una osamenta blanca;
pobres campos solitarios
sin caminos ni posadas,

¡oh pobres campos malditos,
pobres campos de mi patria!

LA TIERRA.

Una mañana de otoño,
cuando la tierra se labra,
Juan y el indiano aparejan
las dos yuntas de la casa.
Martín se quedó en el huerto
arrancando hierbas malas.

II

Una mañana de otoño,
cuando los campos se aran,
sobre un otero, que tiene
el cielo de la mañana
por fondo, la parda yunta
de Juan lentamente avanza.

Cordos, lampazos y abrojos,
avena loca y cizaña
llenan la tierra maldita
tenaz a pico y a escarda.

Del corvo arado de roble
la hundida reja trabaja
con vano esfuerzo; parece,
que al par que hiende la entraña
del campo y hace camino,
se cierra otra vez la zanja.

"Cuando el asesino labre
seré su labor pesada;
antes que un surco en la tierra,
tendrá una arruga en la cara."

III

Martín, que estaba en la huerta
cavando, sobre su azada
quedó apoyado un momento;
frío sudor le bañaba
el rostro.

Por el Oriente,
la luna llena manchada
de un arrebol purpurino,
lucía tras de la tapia
del huerto.

Martín tenía
la sangre de horror helada.
La azada que hundió en la tierra
teñida de sangre estaba.

IV

En la tierra en que ha nacido

supo afincar el indiano;
por mujer a una doncella
rica y hermosa ha tomado.

La hacienda de Alvargonzalez
ya es suya, que sus hermanos
todo le vendieron: casa,
huerto, cojener y campo.

LOS ASESINOS

I

Juan y Martín, los mayores
de Alvargonzalez, un dia
pesada marcha emprendieron
con el alba, Duero arriba.

La estrella de la mañana
en el alto azul ardía.
Se iba tifiendo de rosa
la espesa y blanca neblina
de los valles y barrancos,
y algunas nubes plomizas
a Urbión, donde el Duero nace,
como un turbante ponían.

Se acercaban a la fuente.
El agua clara corría,
sonando cual si contara
una vieja historia, dicha
mil veces y que tuviera
mil veces que repetirla.

Agua que corre en el campo
dice en su monotonía:
Yo sé el crimen, ¿no es unicrimen
cerca del agua, la vida?
Al pasar los dos hermanos
relataba el agua limpia:
"A la vera de la fuente
Alvargonzalez dormía."

II

-Anoche, cuando volvía
a casa -Juan a su hermano
dijo- a la luz de la luna
era la huerta un milagro.

Léjos, entre los rosales,
divisé un hombre inclinado
hacia la tierra; brillaba
una hoz de plata en su mano.

Después irguióse y, volviendo
el rostro, dió algunos pasos
por el huerto sin mirarme,
y a poco lo vi encorvado
otra vez sobre la tierra.
Tenía el cabello blanco.

La luna llena brillaba,
y era la huerta un milagro.

III

Pasado habían el puerto
de Santa Inés, ya mediada
la tarde, una tarde triste
de noviembre, fría y parda.
Hacia la Laguna Negra
silenciosos caminaban.

IV

Cuando la tarde caía,
entre las vetustas hayas
y los pinos centenarios,
un rojo sol se filtraba.
Era un paraje de bosque
y peñas abombascadas;
aquí bocas que bostezan
o monstruos de fieras garras;
allí una infame joroba,
allá una grotesca panza,
torvos hocicos de fieras
y dentaduras melladas,
rocas y rocas, y troncos
y troncos, ramas y ramas.
En el hondón del barranco
la noche, el miedo y el agua.

V

Un lobo surgió, sus ojos
lucían como dós ascuas.
Era la noche, una noche
húmeda, obscura y cerrada.
Los dos hermanos quisieron
volver. La selva ululaba.
Cien fieros ojos ardían
en la selva, a sus espaldas.

VI

Llegaron los asesinos
hasta la Laguna Negra,
agua transparente y muda
que enorme muro de piedra,
donde los buitres anidan
y el eco duerme, rodea;
agua clara donde beben
las águilas de la sierra
donde el jabalí del monte
y el ciervo y el corzo abrevan;
agua pura y silenciosa
que copia cosas eternas;
agua impasible que guarda
en su seno las estrellas.
¡Padre!, gritaron; al fondo
de la laguna serena
cayeron, y el eco ¡padre!
repitió de peña en peña.

NOTAS DE LECTURA

MARYSIA O LAS AMARGURAS DE LA EMIGRACIÓN, por ENRIQUE SIENKIEWICZ.- En verdad que en nuestra situación especialísima de emigrantes en ciernes, este título no resulta del todo atractivo y acentuador. Así, pues, antes de disponerme a leerla he tenido que vencer una resistencia natural que tenía a evitarme inquiescencias más o menos depresivas aunque las adivinase encuadradas en un marco romántico de la mejor calidad. Y esta aversión a enfrescarme en la lectura no obedecía al clásico recurso del aveSTRUZ de ignorar el peligro, en este caso un futuro presidido por la estrella opaca del fracaso. ¡No! Eso no cabe en cuanto a nosotros porque nuestras posibilidades son muy distintas y sobre estas ventajas sumamos una voluntad inquebrantable de luchar y triunfar. Si me costaba trabajo leerla era porque sabía que habría de recordar me una vez más lo que significa el rehacer la vida y establecerla en un país extraño lejos del suelo donde hemos visto la luz del sol por primera vez y donde durante muchos años se ha deslizado nuestra existencia creando todos los lazos sentimentales que la dan valor y aumentan extraordinariamente la dureza y nostalgia de la emigración.

Efectivamente, Sienkiewicz, emigrado ante la invasión germana de su tierra natal, la Lituania polaca, que hubo de sentir la comezón angustiosa de verse privado de admirar su querida Polonia, dejando de aspirar el perfume de sus bosques apretados y el tranquilo deslizar de las aguas de sus ríos, descubre en "Marysia" con reflejos de amor casi místico, superándose por encima de todas las penalidades materiales, toda la ternura desbordante que la evocación de la patria despierta al otro lado

del mar, en el corazón de sus protagonistas, un viejo campesino polaco y su linda hija, que emprendieron un día el viaje hacia el nuevo continente, esperando hallar un mundo de felicidad y de riqueza.

La cadena de desventuras que ha de cercinarse sobre ellos tiene su primer eslabón en Hamburgo, punto de embarque. En el navío alemán sienten toda su soledad y su aislamiento, y el mar al mostárselles en toda su inmensidad les sobrecoge y traslada sus pensamientos a Lipinsk, su aldea polaca. Una tormenta formidable zarandeó el buque amenazando lanzarle a los abismos del mar. Su fervor cristiano como buenos polacos, tiene ocasión de manifestarse con toda la grandiosidad que el momento le presta. La tempestad se calma tras las rogativas, para que implacablemente las amarguras de la emigración no naufraguen con el barco, dando al traste con la sana intención de encogernos el corazón y sumirnos en el reino de la más profunda tristeza.

Y así, las amarguras se van sucediendo una tras otra en una serie sin fin. Su primer desencanto en su ingenuidad campesina surge al no presentarse en el puerto de Nueva York el comisario del gobierno que le habían asegurado acudiría a recibirla y a ocuparse de él. Todas sus quimeras de obtener una hermosa parcela de terreno junto a la ciudad se esfuman en las calles de la capital entre gentes activas que hablan una jerga incomprendible y se mueven rápidamente sin prestar atención a los demás. Sus pocos recursos les obligan a refugiarse en los barrios sucios y malolientes del hampa. La situación se hace tan penosa que la muerte se le aparece al viejo como la única solución. El hambre les acecha y aunque, sobre todo, ella confía en la

bondad ilimitada de Dios, la ciudad se torna cada día más despiadada con ellos. Las grandes capitales son siempre inflexibles con los indigentes y mucho más aún si estos son extranjeros. El viejo, en un rastro de locura, intenta lanzar al agua a su hija arrojándose él después. Es una escena de gran emoción en la que triunfa el deseo de vivir de la joven. El campesino, recobrado, se deshace en lágrimas y besa tiernamente a Marysia. Con nuevas energías emprenden el camino de la vida que a punto estuvieron de abandonar.

Un rico polaco se cruza con ellos. La lengua vernácula establece entre uno y otros una corriente de compasión intercambiada con otra de profundo respeto. El acaudalado polaco les alimenta y les proporciona los medios para irse a sumar a un grupo de colonos polacos que han de fundar la colonia "Borovina" en Arkansas. Todo parece sonreírle al viejo campesino que ahora se vé ya poseedor de un campo fértil y fructífero, gracias a sus esfuerzo, pero la bondad divina se causa pronto de beneficiarles. Las tierras compradas para la colonia resultan ser pantanosas e insalubres y por ende cubiertas de macizos bosques que impiden el cultivo. Los polacos son rudos y buenos trabajadores pero su falta de organización es manifiesta. Las disputas surgen constantemente con motivo de la distribución de lotes y se prolongan en adelante. La lucha contra la naturaleza se entabla entre el hombre y el hacha de un lado y los árboles y espesura de otro. El tiempo pasa y el trabajo continúa sin haber podido sembrar. Las provisiones se agotan, el hambre llega, las fiebres hacen su aparición. La colonia va al fracaso.

Marysia y su padre se defienden gracias a la ayuda que les presta Orlick, un joven cazador de Tejas, que está enamorado perdidamente de ella. Esta, sin embargo, se mantiene fiel hacia el amor que dejó en Lipinsk, el joven cocherero Jarko.

La misericordia divina es insuficiente para evitar que caiga enfermo el campesino. Y no solo no lo impide sino

que desencadena una lluvia torrencial que provoca la crecida del río y una colossal inundación. La catástrofe final. El viejo y su hija se salvan gracias a la tabla sobre la que se encuentra el lecho del enfermo, que es arrastrada por las aguas como una balsa. Inesperadamente, Orlick se suma a los naufragios. Una vasta extensión de agua que alcanza hasta el horizonte les rodea. Lorenzo agoniza sobre la balsa y en su postre momento vuelve los ojos hacia Polonia cuyas fronteras cree trasponer de nuevo, no sin arrepentirse de haber empujado a su hija a la desgracia.

Orlick, a pesar de su temperamento apasionado, se revela como un amante en alto grado romántico y se sacrifica para salvarla. Recogida en un buque de socorro, deshecha y enferma por las privaciones y peligros pasados, vuelve a Nueva York con la esperanza de que su antiguo protector la socorra y pueda regresar a Lipinsk. Aquél ha fallecido; la magnanimidad del Creador no puede ser más excelsa. La joven, tras intentar día tras día el que un barco la devuelva a su país, sin éxito, y siempre esperando que su amor Jarko venga a recogerla, se vuelve loca.

Total, una novela romántica perfectamente escrita, emocionante y rica de expresión pero deprimente para quien se deje deprimir. Sin embargo, no me arrepiento en absoluto de haberla leído. Se aprecia en ella la mano maestra de Sienkiewicz; pródiga en derramar sus recordadas dotes de novelista.

Julio ROMEO.

N. de la R.- LA DEBIL IMPRESIÓN QUE, INICIADA EN NÚMEROS ANTERIORES CULMINA EN EL PRESENTE, SE DIRE A LA INEXISTENCIA EN EL MERCADO IMPERIAL ESPAÑOL DE CINTAS MECANOGRAFICAS, CAREN CIA QUE NOS IMPIDE PRESENTAR NUESTRA REVISTA EN MEJORES CONDICIONES PESE A TODOS NUESTROS ESFUERZOS.

TRATAMOS DE ENCONTRAR POR MEDIO DE LAS SOCIEDADES SECRETAS JUDIO-MASONICO-MARXISTAS, EL MATERIAL INCESARIO E INDISPENSABLE.

